

Proyecto Vestidor

Graciela Taquini

En esta videoinstalación Pablo Uribe representa un dispositivo para vestirse. Desde el título, propone una idea de proyecto, de trabajo progresivo en una pared que cala electrónicamente y cuyo espacio virtual dialoga constantemente con el espacio expositivo.

En una serialidad y una temporalidad que podría prolongarse eternamente, un conjunto de personas comunes realiza una *performance* para la cámara. Penetran en el espacio *in* de la pantalla, se desvisten, se personifican y posan desdramatizadamente en una serie que se podría prolongar *ad infinitum*.

Una suerte de «detrás de la escena» y de «representación» que conviven en un espacio blanco e ilimitado, sólo señalado por un perchero con ropa y accesorios colgados. Puro artificio. Como por arte de magia estas personas se trasmutan en personajes.

Una vez lograda la pose a pedido del autor, simulan iconografías de gauchos de Juan Manuel Blanes, consagrado como el «pintor de la patria» por la historia oficial, a quien se considera fundador del arte uruguayo, un artista académico que a mediados de siglo XIX desde Florencia, su meta artística, creaba paisanos pulcros, mansos y blancos frente a un paisaje siempre idealizado.

Desde la recepción el espectador juega un doble juego, se convierte alternativamente en un *voyeur* que observa cómo se desnudan dentro del vestidor para luego compartir el guiño cómplice de la cita artística en el caso que posea un saber enciclopédico o simplemente gozar con la transformación y el «como si».

El flujo de la vida se congela en la fórmula consagrada por la convención, en un intertexto culto que remite al mundo de la historia del arte latinoamericana, tan plagada de dependencias, como de miradas colonizadas, de idealizaciones románticas y exóticas, de un perpetuo desfasaje en relación con un modelo.

Pablo Uribe parece estar interesado en el tema del doble o de la alternancia en la producción de sentido, tanto en el espacio del espectador como en el de la puesta en escena. Esa multiplicación también recurre en la fusión de proyecciones. Juega con el tiempo, no sólo con el pasado romántico y el presente posmoderno, sino con el antes y el después. Propone constantemente una ambigüedad, un juego dialéctico entre verdad, mentira, presentación y representación, fundar y refundar, vida y arte, realismo e idealización, entre lo banal y lo sublime.

Uribe obviamente sabe más que Juan Manuel Blanes, posee un mayor grado de conciencia y un menor grado de certezas. Mientras uno creaba las bases para el arte y la historia del Uruguay (batallas, pactos, sucesos dramáticos) Pablo Uribe, artista profundamente uruguayo y a la vez inserto en la globalización, revela el engaño, muestra el revés de la trama. Uno afirma, el otro cuestiona.

En el juego de fondo y figura Juan Manuel Blanes imprimía el horizonte de un paisaje quizás más pampeano que el oriental de cuchillas. Un paisaje que no había sido pintado en *plain air* sino en el amnésico recuerdo europeo. El horizonte, un *topo* del arte latinoamericano, ha sido históricamente el paradigma y eje del encuentro virtual y del equilibrio entre el cielo y la tierra.

Para Pablo Uribe solo existe la dimensión humana, no hay paisaje, el horizonte inmenso está borrado. Parecería que no hay lugar, que no hay territorio, no hay adentro, no hay afuera, solo un escenario intermedio de pura ficción, con una falsedad diferente a la de Blanes. Un limbo que permite ser aquellos otros que tampoco eran auténticos. La cita identitaria no construye sino queda en constante suspenso y subversión.